

AL PASAR

Le vi casualmente hace algunos días en los bosques del Pardo. Estaba yo con Castrovido y Menéndez Pallarés, admirando la belleza sombría y monótona de las seculares arboledas del real sitio cuando pasó él en un landó tirado por briosas mulas.

A no ser por las convicciones políticas, hubiese descubierto mi cabeza por un sentimiento de conmiseración. Soy padre y no puedo evitar un movimiento de lastimera simpatía cuando veo a un niño o un adolescente enfermo de anemia o de tisis, con el sello de la muerte impreso en el rostro. Pienso en mis hijos, y aunque el enfermo haya nacido en lo alto, lo compadezco, porque al fin, ¿qué son las diferencias sociales, inventadas por la ambición de los hombres, y qué todas las majestades y los respetos de la autoridad, que duran a lo más unas cuantas decenas de años?... Tristes comedias humanas que terminan apenas se apaga la luz de la vida, y en las cuales no hay más que un protagonista inmortal y verdadero: el gusano, señor de la tumba.

Mentira es la majestad y el poder de la monarquía, pues al rey, con manto de armiño, cuyas manos besan los generales cubiertos de cruces, con todas las costuras del traje bordadas de oro, y a cuya voz se mueven los regimientos como filas de autómatas, le basta que un microbio haga nido en sus pulmones para caer de cabeza en la tierra, pudriéndose lo mismo que un pordiosero. Mentira la riqueza, que no puede conceder dos estómagos, ni aumentar los órganos del placer y que no retarda indefinidamente la llegada de la muerte.

Mentira las religiones, que por lo mismo que tuvieron un principio, encuentran un final y perecen como los seres humanos cuando el gusano destructor de la crítica roe el altar y carcoma los pies de los ídolos. Todo es artificial y deleznable; todo pasa y se transforma: la autoridad, la riqueza y la divinidad; lo único que queda eternamente en pie, dominando el mundo, lo único cierto, es la gran justiciera, la muerte.

Por algo los artistas medievales, atropellados por el barón feudal cubierto de hierro y explotados por el opulento abad que prometía el cielo apoderándose de los bienes de la tierra, buscaron consuelo a sus males inventando las famosas Danzas de la muerte, en las cuales el calvo esqueleto, con su guadaña inexorable, arrebató al emperador en su trono, al obispo que suda de gula junto a la mesa cargada de manjares y al avaro entretenido en contar las monedas arrancadas al pobre.

La muerte es un consuelo. Nos hace tolerar la tiranía, la explotación y la injusticia. La gran igualdad ante la muerte hace llevadera la existencia. Sin la dulce esperanza de que llegará la hora dura y desesperada del aniquilamiento para el poderoso imbécil o malvado, para el rico insolente, para el juez injusto y para el ingrato que paga los beneficios con insultos, la vida sería el más horrible de los infiernos.

Le vi pasar por las sombrías arboledas que daban al paisaje un tinte ascético; moviendo su cuerpo desmedrado con el balanceo del negro carruaje, semejante a un enorme ataúd. Los bosques del Pardo son tristes y sombríos, como lo fueron siempre los reyes españoles. El negro ha sido durante varios siglos el color favorito de la corte de España. Cuando un rey tuvo cierta predisposición artística, como Fernando VI, en vez de gustar la alegría de vivir, murió de melancolía escuchando las arias de tiple con que le arrullaba femeninamente Farinelli el Capón. Cuando nacieron con los oídos del espíritu cerrados a cal y canto para las voces de la belleza, pasaron los años en estos bosques inmediatos a Madrid, persiguiendo, escopeta en mano, con



ardor fratricida a las reses cornudas y bostezando de fastidio en los descansos de la caza, mientras las reinas se alejaban cogidas del brazo del algún guardia de Corps.

No se vive impunemente durante tres siglos en marital contacto con la Inquisición, ejerciendo el poder como simples delegados del Papa bajo la dirección de obispos, jesuitas confesores y poderosas órdenes monásticas, que solo dejaron a la monarquía española su apariencia de poder real, haciendo de ella una aplastante república teocrática.

La tristeza del catolicismo penetró hasta la médula de los reyes españoles. Mientras cantaban las fuentes en Versalles entre ninfas de mármol, y los caballeros de Luis XIV mariposeaban con sus trajes multicolores, impúdicos como paganos, en torno de las bellezas pródigas de sus cuerpos, la corte de España, vestida de negro, con el rosario al cinto, asistía al quemadero y se ceñía la cinta verde del Santo Oficio, honrándose con el cargo de alguacil o criado de los achicharradores de herejes.

Mientras la humanidad, enardecida por el soplo carnal del Renacimiento, admiraba a Apolo y rendía adoración a las Venus descubiertas por el arado entre los escombros de las catástrofes medioevales, el tipo supremo de belleza para la monarquía española era, como siempre, el ajusticiado de Judea, el Cristo polvoriento y negruzco de las viejas catedrales, con la boca lívida, el tronco contraído y esquelético, los pies huesudos, y derramando sangre, mucha sangre, el líquido amado por las religiones cuando apunta la duda, cuando la fe flaquea, y, considerando la ineficaz palabra, se echa mano a la espada.

Por esto la monarquía española ha bostezado de tristeza, transmitiendo la melancolía de una a otra generación. Es la monarquía católica por excelencia. Si de vez en cuando surgió en ella alguien alegre y satisfecho de la vida, fue porque en el líquido azul de las maternas arterias penetró una inyección de savia plebeya, como penetra el rayo de sol en la habitación de un enfermo.

Carlos II fue la caricatura de los Austrias. Su barba huesosa, aguda y prominente de imbécil, recordaba la poderosa mandíbula del emperador Carlos V, como el cráneo obtuso del gorila recuerda el del hombre.

Digo esto, porque el pobre ser que vi una tarde entre oscuras arboledas me pareció la caricatura del rey embrujado. ¡La caricatura de un ser que a su vez fue la caricatura de otro! ¡El colmo de la pobreza física, de la miseria vital!

Su débil cuerpo, fortificado por la gimnasia, por toda clase de *sports* y una higiene minuciosa, impuesta por la tiranía del egoísmo maternal, parecía esbelto y se mostraba animado por el soplo de una mustia juventud. Era como el exterior de esas casas, débiles por dentro, en cuya fachada se pintan bloques robustos y poderosas pilastras.

En el rostro se delataba la frágil mentira de tantas precauciones adoptadas contra la muerte. Era el ser engendrado en plena tisis, en el último mes de existencia de un tuberculoso. Contra las fuerzas misteriosas de la muerte, nada pueden las precauciones de la sabiduría ni las abstinencias que impone el cariño maternal.

Los ojos brillaban, empañados y macilentos, en lo más hondo de unas ojeras que invadían gran parte de sus mejillas; la piel no tenía ese jugo de vida que parece barnizarla, era amarilla y mate, como si tras de ella, en vez de circular sangre, se extendiese una oleada de salvado, y la mandíbula inferior pendía inerte, colgaba como muerta, sin esa energía instintiva que nos hace apretarla y mantenerla pegada al cráneo a todos los seres de buena salud.

¡La boca siempre abierta, respirando por ella y no por la nariz, con el ansia de tragar mayor cantidad de vida, de absorber más aire, de dar mayor alimento a los aparatos heridos de muerte, que poco a poco se detienen en su funcionamiento!...

De vez en cuando, el pobre ser se da cuenta de su triste gesto, y con una violencia de la voluntad sube la mandíbula, apretando los dientes; pero le fatiga el esfuerzo y otra vez vuelve a pender el hueso de sus ligamentos aflojados y reaparece la expresión de cansancio, de desaliento y de tristeza en aquella máscara de enfermo, última manifestación de una raza que se extingue.

¡Pobre adolescente! ¿Para qué habrá nacido? ¿Qué va a dejar de su paso por el mundo? ¿Por qué la naturaleza, que muchas veces niega su fecundidad a seres fuertes, se mostró pródiga en el ayuntamiento sin amor de un tísico moribundo y una mujer austera de mueca altiva, desprovista de encantos femeniles?...

Nada importa tener caballos, carrozas, servidores uniformados que le saluden y papanatas que le aclamen. Mejor hubiera sido para él no asomarse a la vida, permanecer en el limbo de los privilegiados que no llegan a formarse.

Semejante al escudero de don Quijote que, cuando al fin se vio en las abundancias de Barataria, tuvo al lado un doctor Recio de Tirteafuera para contrariar sus apetitos, ese pobre ser no puede gozar en completa libertad las dulzuras de la escasa vida que le resta.

Le pagan miles de duros por cada minuto de su existencia; pero el oro no puede proporcionarle una gota de sangre nueva que sanee el veneno hereditario de sus venas. No puede fumar, no puede beber, como lo hace cualquier estudiantillo de su edad, ocultándose de sus padres. Le rodean hermosas mujeres, y si siente subir a lo largo del espinazo el alegre cosquilleo de la juventud, la savia de la primavera de la vida, la predisposición genésica de una familia que solo fue notable y alcanzó victorias en las luchas del amor, tiene que permanecer frío y austero ante la mirada vigilante de la que sabe que el apasionamiento carnal puede acabar rápidamente con una vida débil y macilenta.

Y como fin de tantas privaciones, de una abstinencia triste y dolorosa... la muerte inevitable.

¿Para qué habrá nacido el pobre ser?

Algo hay en él todavía más triste y que inspira mayor lástima. Semejante a la protagonista de una novela de Sudermann que agoniza adivinando el deseo de su hermana de que muera pronto para satisfacer sus apetitos, ese pobre ser presiente cuáles son las aspiraciones de los que le rodean.

Tiene una hermana que cuenta con su muerte como con una fortuna segura; tiene un cuñado que espía la marcha de su enfermedad, considerando inevitable un próximo desenlace, y si no lo acelera, es porque confía en lo rápido que es el tiempo para ciertos enfermos.

El infeliz ve flotar el terrible deseo en torno de él; siente el roce de las alas negras del pensamiento fraternal, que parece murmurar en su oído: «¡Muérete pronto! ¡Tu herencia nos pertenece!...».

El lúgubre deseo se cumplirá pronto. La muerte llegará, pues aunque los poderosos la engañen y entretengan, es por poco tiempo.

Ese pobre adolescente, ojeroso y de mandíbula colgante, que he visto en un landó entre las oscuras arboledas, por ley fatal de su nacimiento, no tardará en cerrar la boca para siempre,

saliendo de un mundo en el que no despertó entusiasmos ni rencores, y el cual nunca sabrá para qué vino.

El final es seguro, y hay que pensar si los parientes odiados que espían esa muerte lenta recogerán la herencia del triste engendro de una estirpe agotada. Y hay que ver si se dejarán arrebatar una vez más los innumerables y legítimos herederos lo que es suyo y hace tiempo está usurpado por una familia que parece llevar en su tristeza el castigo de pecados seculares.